

LA LIBERACION DE MIGUEL PRIMO DE RIVERA

RECUERDOS DE JOSÉ ANTONIO

EN LA CÁRCEL DE ALICANTE

En el horizonte, del Este, suspiro de niebla en el azul agrisado, aparece el avión, al que buscan ojos ansiosos de descubrir al rescatado.

Llega al aeródromo de Vitoria Miguel Primo de Rivera. Es el camarada que dió el último abrazo a José Antonio. Es el heredero de una estirpe que supo amar a España sobre todas las cosas.

Allí esperan Pilar y Carmen, las hermanas; Margot Larios, esposa amante.

Miguel desciende, camisa azul y capote militar, de la carlinga, y hay esos abrazos que se habían soñado con ansias fervorosas.

Se conierta con el recién llegado la entrevista de la cual «Y» recoja las palabras de Primo de Rivera.

La charla es extensa. Con esa elegante gentileza que es patrimonio de una dinastía, Miguel satisface con hartura y sin cansancio nuestra curiosidad inagotable.

EL TRASLADO A ALICANTE

—José Antonio y yo—nos refiere Miguel— fuimos trasladados el día 5 de junio de 1936 desde la Cárcel Modelo de Madrid, a la prisión provincial de Alicante. Partíamos a las nueve de la noche y llegábamos al día siguiente a las seis de la madrugada.

—¿Cuánto tiempo llevabas tú preso?

—Desde el 30 de abril, en que se me encarceló a pretexto de actuaciones mías en las elecciones de Cuenca.

—¿Cómo hicisteis el viaje?

—Se nos llevó en un formidable automóvil «Hispano»; el coche del que entonces era Director General de Seguridad, Alonso Mallol. Detrás, escoltándonos, iba otro coche con guardias de Asalto.

A José Antonio y a mí, nos vigilaban un Comisario y dos Agentes de policía. Durante el trayecto, José Antonio habló a los Agentes. Lo hizo con habilidad y con tan poderosos argumentos, que los dos Agentes manifestaron estar dispuestos a facilitarnos la fuga.



Miguel Primo de Rivera, hermano del fundador de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., con quien convivió en la cárcel de Alicante y en la que ha permanecido durante treinta y dos meses, en el momento de llegar al aeródromo de Vitoria, procedente de Palma de Mallorca.

El Comisario dudó bastante, pero al final se negó resueltamente, fracasando el proyecto.

EN LA CARCEL DE ALICANTE

—Al llegar a Alicante—sigue narrando Miguel—se nos fichó concienzudamente, encerrándonos a cada uno en una celda contigua. Así estuvimos hasta que estalló el Movimiento, en que nos encerraron a los dos juntos en la celda número 10 de la galería primera.

—¿Teníais noticias del exterior?

—Al principio, muchas. Margot, mi mujer, nos visitaba como lo hacían muchos amigos y camaradas. Margot fué quien nos llevó la tris-

te noticia del asesinato de Calvo Sotelo.

—¿Cuándo apresaron a Margot?

—El día 1.º de agosto. A ella y a tía María y a Carmen.

—¿Con qué pretexto?

—No hacía falta pretexto alguno. Les bastaba, para el atropello, que se llamaran Primo de Rivera.

—¿Qué trato recibíais en la cárcel?

—Al principio, el trato normal, sin ahorrarnos, claro es, el rigor de los reglamentos. Se nos servía el rancho, teníamos que barrer la celda y, sobre todo, la incomunicación era llevada a cabo con rigor, teniendo sólo una hora, cada veinticuatro, para salir al patio común, donde habíamos de tratar con maleantes. Estos, en cierta ocasión, pretendieron agredirnos amotinándose en el patio, donde estábamos, contra nosotros dos. Tuvieron que entrar los guardias y hacerles entrar en razón a vergajazos. Poco después de estallado el Movimiento, los oficiales de Prisiones fueron sustituidos por milicianos, empeorando el trato.

—¿Y de alimentación?

—Rancho. Un rancho cada día peor, que nos hacía pasar hambre. ¡Imagínate lo que habrá sido a lo largo de los meses rojos! Por otra parte, dormíamos en el suelo, y las celdas carecían totalmente de cristales. La cárcel había sido hecha para 150 presos y estábamos en ella más de mil.

EL 18 DE JULIO

—¿Cómo conocisteis que había estallado el Movimiento?

—El 18 de julio es cuando nos reunieron a José Antonio y a mí. Supimos que se había producido el Alzamiento Nacional, pero carecíamos totalmente de información, y la que llegaba hasta nosotros era parcial e inexacta. Se hablaba de aquellos fantásticos avances de los rojos que decían haber entrado en Valladolid y seguir hacia Burgos... Pero José Antonio y yo confiábamos con fe ciega, seguros de que Dios no habría de permitir el hundimiento de España.